

# *El retorno de la geopolítica: nuevos y viejos conflictos bélicos*

HERIBERTO CAIRO CAROU\*

## INTRODUCCIÓN

Una reconsideración crítica de los procesos económico-políticos asociados a una conducta territorial como la guerra, así como la reflexión sobre los sistemas legales que la legitiman y los discursos que la justifican, no pueden tener su origen exclusivamente en una aversión de carácter moral a la violencia; antes que nada, son tareas fundamentales, aunque a veces puedan parecer pequeñas, para la recomposición de un movimiento global que supere las condiciones que hacen posible la guerra, y, además, tienen un carácter prioritario, ya que, dadas las capacidades destructivas de las actuales tecnologías bélicas, la guerra amenaza la misma supervivencia de toda la especie humana. En este sentido, es necesario realizar varias observaciones previas. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la guerra es una conducta humana de la cual se tiene constancia que viene ocurriendo desde tiempos muy remotos, y por ello no se puede considerar privativa de nuestra época. Como señala acertadamente Harvey:

El capitalismo no inventó la guerra más de lo que inventó la escritura, el conocimiento, la ciencia o el arte. No todas las guerras, incluso en la era contemporánea, pueden considerarse como guerras capitalistas. Y la guerra no desaparecerá necesariamente de la escena humana con la caída del capitalismo (1985, pp. 162-63).

En otras palabras, los procesos que provocan la guerra no son privativos de ningún modo particular de producir bienes o de organizar la comunidad política. El capitalismo no está especialmente asociado a la guerra, que responde también a otro tipo de procesos económicos o políticos, o incluso puede originarse en procesos de orden estrictamente cultural. Entonces, otra de las consideraciones importantes que debemos tener presente es que la guerra no es unívoca en su causalidad.

Por otro lado, la guerra no puede entenderse como un resultado de la agresividad natural del ser humano<sup>1</sup> y, mucho menos como el producto de «un vínculo genético al territorio», según sostienen etólogos como Ardrey (1966). Este tipo de argumentación tiene

---

\* Universidad Complutense de Madrid.

<sup>1</sup> Psicólogos y antropólogos, especialmente, han mostrado la futilidad de los argumentos biologicistas o fisiologicistas sobre la violencia. Véase, por ejemplo, el trabajo ya clásico de Mead (1964) o el realizado más recientemente por Eskola (1987).

una base muy endeble, aunque sólo sea porque siempre han existido grupos, más o menos numerosos, de seres humanos que no preparaban la guerra de forma continua<sup>2</sup>; pero, además, apriorismos de este tipo demuestran tan poco como sus contrarios, ya que también podríamos afirmar, sin muchas posibilidades de prueba, que el estado original del ser humano era de inocente convivencia. Este discurso naturalístico intenta sustraer de la discusión política la forma actual de la organización de las comunidades políticas que acentúa la dicotomía entre el «interior», donde se establecerían las relaciones políticas (pacíficas) y el exterior, donde sólo cabrían las relaciones de fuerza (bélicas) (Walker, 1993; Cairo Carou, 2001).

En todo caso, para cualquier científico social que aborde el estudio de los problemas de la guerra y de la paz siempre sería bueno tener presente lo que recordaban Shaw y Creighton, respecto a la Sociología, pero que es de igual aplicación a la Geografía, Historia, Economía, etc.: «Una sociología de la guerra apenas puede discutir sobre el modo de hacer la guerra sin elaborar presunciones sobre el orden mundial del cual estas guerras surgen» (1987, p. 7).

En el presente artículo se adopta una perspectiva de análisis geopolítica crítica. Se discutirá brevemente en primer lugar qué se entiende por Geopolítica (con mayúsculas), en tanto que modo de conocimiento, y su relación con la organización política del espacio: la geopolítica (con minúsculas). A continuación se examinarán los factores de orden político, económico, legal y simbólico de la presente formación social que se asocian a los conflictos en la misma, para más tarde distinguir las transformaciones de los mismos en los sucesivos órdenes geopolíticos. Terminaremos deteniéndonos en los cambios que se vienen produciendo tras el fin de la Guerra Fría.

## 1. LA GEOPOLÍTICA Y LA Geopolítica

Hacer explícitos con una relativa precisión los términos y las perspectivas teóricas desde los que se va a proceder al análisis lejos de ser una tarea superflua es un primer paso que puede evitar confusiones y malinterpretaciones. Esto es especialmente cierto en el caso de la Geopolítica, ya que esta palabra se ha utilizado y se utiliza todavía en la actualidad de forma muy ambivalente y es objeto de «fobias» y «filias» en buena medida apriorísticas.

Sin entrar en un análisis pormenorizado<sup>3</sup>, podemos afirmar que la Geopolítica (con mayúscula) es un subcampo dentro de la Geografía Política que cuenta con una tradición reconocida, y que responde a una interpretación de las relaciones espaciales externas de los Estados desde una perspectiva global. El término Geopolítica ha sido usado, de forma precisa, para referirse «convenientemente [al estudio de] las relaciones geográficas

---

2 Aunque autores como Giddens (1987, pp. 53 y ss.) se muestran escépticos respecto a las afirmaciones, como las de Marvin Harris, de que había un puñado de pueblos «primitivos» que no conocían la guerra, reconocen la existencia de sociedades que, al menos en algún período, no han conocido la guerra y no se han preparado para ella.

3 En otros lugares nos hemos ocupado más extensamente de la cuestión (Cairo Carou, 1993; 1994).

externas de los Estados y, más específicamente, a los aspectos geográficos de esas relaciones exteriores y los problemas de los Estados que afectan a todo el mundo» (East y Moodie, 1956, p. 23). En términos generales, pensamos que esta definición recoge el conjunto de elementos en cuyo estudio se ha ido conformando una peculiar tradición, que es fundamentalmente moderna, aunque entronca con la tradición más antigua de la Geografía en tanto que «saber estratégico»<sup>4</sup> que se ocupa del estudio de las estructuras espaciales y de las características de los lugares para su uso político o militar. En definitiva, la disciplina moderna Geopolítica estudia las prácticas y representaciones geopolíticas (con minúscula) que se vienen produciendo desde la aparición de los primeros sistemas de comunidades políticas organizadas.

La Geopolítica, cuyas características definitorias más importantes acabamos de señalar, se fue conformando a partir de la obra del británico Halford Mackinder; a pesar de que fue el sueco Kjellen, en 1899, el autor que acuñó el término, que apenas sería conocido antes de la Primera Guerra Mundial. Algunos citan asimismo al norteamericano Alfred Mahan como otro de los «padres fundadores» de la Geopolítica. Este oficial de la Armada de los Estados Unidos, con el fin de mostrar la importancia de la potencia naval en la historia de Europa y América, publicó una de las primeras y más relevantes obras sobre el tema (Mahan, 1890). En ella señalaba que el poderío naval era el fundamental en un Estado, y, que tal poderío se deriva de una Marina de Guerra fuerte, que sólo podía desarrollarse íntimamente ligada al comercio marítimo, cuyo auge se originaría en la posesión de colonias —ni que decir tiene que el modelo inspirador no era otro que la Armada británica—. También se suelen situar los trabajos del alemán Friedrich Ratzel en el origen de la Geopolítica. En alguno de ellos (Ratzel, 1896a) se ocupó de problemas similares a los de Mahan, y trató, en general, las relaciones entre Estados, normalmente desde la perspectiva de las interrelaciones entre la acción humana y el medio y, en particular, buscando las leyes que gobiernan su desarrollo (Ratzel, 1896b). En la medida que en su obra se produjo lo que algunos denominarían un «corte epistemológico», que dio lugar a la Geografía Política, Ratzel tendría una influencia clave en la conformación de la subdisciplina de la Geopolítica, sobre todo en el caso concreto de la escuela alemana de la *Geopolitik*.

Sin embargo, no se puede aceptar que la importancia de Mahan o de Ratzel sea la misma que la de Mackinder en el surgimiento de la Geopolítica. Estamos de acuerdo en que «fue Mackinder quien trenzó estos diferentes “cabos” de pensamiento para producir lo que L. S. Amery llamó “una idea comprensiva”» (Parker, 1985, p. 16). Es decir, que fue Mackinder quien conformó la subdisciplina tal y como hoy la conocemos; él fue precisamente quien encajó las piezas del conjunto. Y no es casualidad que la obra de Mackinder se desarrollase en plena época de expansión imperial británica, situación que dio lugar a un creciente interés por los problemas de ultramar. Su preocupación por las ventajas geoestraté-

---

4 La Geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de unas informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad del Saber por el Saber (Lacoste, 1976 [1977, p. 7).

gicas de la potencia terrestre sobre la potencia marítima para el dominio del planeta era, en gran medida, reflejo de un hecho: se había completado el reparto colonial de los territorios «libres» ultramarinos, y diversas potencias comenzaban a reclamar la realización de uno nuevo, disconformes con lo «injusto» del anterior, cuando no pasaban directamente a la acción desalojando a viejos imperios de sus dominios coloniales —sin ir más lejos, la agresión estadounidense a los restos del imperio español en 1898— para apoderarse de los mismos. El propio Mackinder (1904) señalaba que los inicios del siglo XX marcaban el fin de la época colombina, durante la cual la exploración geográfica del planeta se había terminado prácticamente, y, lo que era más importante aún, ya no existían territorios cuya posesión pudiera realizarse de forma pacífica, por eso consideraba que:

De aquí en adelante, en la era postcolombina, nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero [...] Considero, en consecuencia, que en la década actual nos encontramos por primera vez en condiciones de intentar la determinación más o menos completa de la correlación que existe entre las más amplias generalizaciones geográficas e históricas [...] y podemos buscar una fórmula que expresará, hasta cierto punto, algunos aspectos de la causalidad geográfica en la historia universal (Mackinder, 1904, p. 421).

Este sistema tendría un carácter fuertemente interconectivo, que implicaría que las acciones que se producen en determinado lugar tienen su impacto sobre otros. Entonces, desde sus principios, la Geopolítica va a concentrar su atención en «el entendimiento del todo» (Parker, 1985, p. 2), y, por lo tanto, la escala global es su nivel analítico fundamental.

La Geopolítica como disciplina tuvo su momento de mayor auge en los años treinta y cuarenta, especialmente en la Alemania nazi, a cuyo régimen se asoció bastante estrechamente. Pero también en los Estados Unidos, el Reino Unido o Francia se desarrolló una importante corriente de estudio y publicaciones. El final que tuvo la guerra y la asociación que se pretendió establecer entre la expansión territorial de Alemania y la *Geopolitik* del general Haushofer supuso el suicidio de él y su esposa tras los interrogatorios de los aliados y una «condena» del mundo académico occidental de todo lo que se pudiese relacionar con la Geopolítica. Evidentemente esto no significó que se dejase de reflexionar sobre las relaciones espaciales de los Estados, desde una perspectiva global, pero estas reflexiones no se hacían bajo la denominación de Geopolítica.

Desde los años setenta la Geopolítica ha ido resurgiendo en el campo de la ciencia social (Hepple, 1986), cual ave fénix, de sus cenizas, tanto como término, que ha dejado de ser tabú, al igual que como área de investigación, que pierde su carácter vergonzante. Las tendencias en ese resurgimiento se pueden incluir, *grosso modo*, en dos grupos fundamentales: uno, que aglutina a las tendencias estrechamente vinculadas con las prácticas tradicionales de la «política de poder», a las que ya hemos hecho referencia y sobre la que no vamos a profundizar aquí; y otro, que incluiría a las corrientes que se pretenden radicales, críticas —e incluso, a veces, revolucionarias—, que no constituyen, ni mucho menos, una disciplina unificada, pero que pueden proporcionar las bases suficientes para conformar la Geopolítica como teoría crítica.

En cualquier caso podemos seguir varias líneas a la hora de trazar el surgimiento de esta Geopolítica crítica, entendida en sentido amplio, y entre los diversos enfoques no

conservadores que han surgido recientemente hay que reseñar entre los que consideramos fundamentales en la nueva conformación de la disciplina: el de la economía política, en especial el análisis de los sistemas-mundo, el de las relaciones de poder, y el de la Geopolítica crítica, *stricto sensu*.

Uno de los autores que más influencia ha tenido en los últimos años en la renovación desde un punto de vista económico-político de la Geopolítica —y de la Geografía Política en general— ha sido Peter J. Taylor que, descontento con los enfoques neopositivistas imperantes, ha reivindicado una reorientación de la disciplina (1981, p. 157) hacia el análisis de sistemas-mundo (*world-systems analysis*) de Immanuel Wallerstein, porque considera que «ofrece una oportunidad a los geógrafos políticos para volver al análisis de escala global sin tener que rendir ningún homenaje a Mackinder» (Taylor, 1981, p. 165); pudiendo así estudiar, además, el conflicto que se ha venido en llamar Norte contra Sur, y no sólo el pretendido enfrentamiento entre la potencia continental y la potencia marítima, como hacía el británico. Precisamente, lo más importante de este enfoque —al menos, en lo tocante a la Geopolítica— reside en la posibilidad de renovar radicalmente la subdisciplina, en plantear de otro modo los fundamentos de la misma. Pero no se trata de sustituir en la explicación de la génesis del cambio social histórico un conflicto por otro, sino que la Geopolítica «no se puede entender completamente sin considerar las dinámicas de la economía global, ya sea en términos de relaciones Este-Oeste o Norte-Sur» (Smith, 1986, p. 179). De este modo, la localización del territorio o sus características ambientales dejan de ser los factores que condicionan —o, para algunos, incluso determinan— la política exterior de los Estados, como pretendían los seguidores de la Geopolítica clásica.

Otros autores parten de la idea de que el poder es algo que circula, que aparece en todas las relaciones sociales como elemento constitutivo de las mismas: «En toda relación circula el poder, que no es ni poseído ni adquirido, sino pura y simplemente ejercido [...] por actores provenientes de [la] población [...] Estos producen el territorio partiendo de esta realidad primera dada que es el espacio» (Raffestin, 1980, p. 3). De este modo, las relaciones espaciales son en última instancia relaciones de poder, y éstas constituyen la «problemática» objeto de estudio por una Geografía Política que no quiera seguir los pasos «totalitarios» de la versión clásica de la disciplina. La relación es el momento clave para el análisis del poder, debido a que éste se enmascara, se oculta, no es fácilmente aprehensible, ni, por supuesto, cuantificable; pero «el poder se manifiesta con ocasión de la relación, proceso de cambio o de comunicación, cuando, en la relación que se establece, se enfrentan o se unen los dos polos» (Raffestin, 1980, p. 45), a partir de lo que se crean «campos» de poder, que ya se pueden analizar.

La corriente que adopta explícitamente una perspectiva que denomina «Geopolítica crítica» está ligada a los trabajos pioneros de Dalby (1990a; 1990b; 1991) y Ó Tuathail (1986; 1992; 1993), y quizás una de las primeras sistematizaciones de algunos de sus rasgos fundamentales se pueden encontrar en Ó Tuathail y Agnew (1992). Su idea fundamental es reconceptuar la Geopolítica como discurso, que contribuye a la construcción cultural del mapa geopolítico global. En tanto que discurso, cabría diferenciar una «geopolítica práctica» de una «geopolítica formal». La primera sería una actividad estatal, un ejercicio en el que el mundo es «especializado» en regiones con atributos o características diversas por parte de la burocracia encargada de la política exterior de los Estados

(diplomáticos y militares fundamentalmente), mientras que la segunda serían las teorías, modelos y estrategias que elaboran los «intelectuales de la seguridad» (académicos, investigadores de *think-tanks...*) para guiar y justificar las acciones de la geopolítica práctica. Otros autores (Sharp, 1993; Dodds, 2000) han introducido más tarde el concepto de «geopolítica popular», que se referiría a la cultura popular, a los razonamientos geopolíticos que se elaboran en los medios de comunicación, el cine, la novela..., que contribuyen decisivamente a la producción y circulación del «sentido común» geopolítico, de los presupuestos geopolíticos que los ciudadanos dan por sentados y que permiten, en buena medida, hacer «inteligible» la geopolítica práctica y la formal.

Sin ánimo de sintetizar, pero sí de dotarnos de herramientas teóricas útiles, habría que señalar los elementos de las diversas tendencias críticas que acabamos de reseñar que consideramos necesarios para constituir una Geopolítica crítica, en sentido amplio, que integre tanto las prácticas materiales espaciales como las representaciones del espacio. Una perspectiva analítica de ese tipo se debería ocupar de analizar los modos cambiantes de producción y reproducción del espacio planetario (la economía-mundo y el sistema de Estados), estudiando, con ese fin, las prácticas humanas históricas concretas en las que se interrelacionan elementos económicos, políticos, simbólicos y legales, que no son reducibles unos a otros. Una Geopolítica crítica es, también, un análisis decididamente histórico de los discursos y las prácticas de los Estados. Teniendo en cuenta que el propio sistema de Estados es una realidad institucional histórica que se corresponde con la «economía-mundo capitalista» y está ligada a las estructuras de coerción social, deconstruir ese discurso no es una práctica erudita, sino una práctica liberadora.

La reflexión espacial sobre las relaciones de poder no se puede limitar —como ocurría en la Geopolítica tradicional— a las existentes entre los Estados; olvidaría entonces los innumerables flujos que ocurren al margen; operaría de forma reduccionista limitando «lo político» a «lo estatal». De este modo, aunque la Geopolítica crítica hace hincapié en la microescala de análisis (la que se ocupa del planeta entero), como era el caso en la tradicional, esto no puede significar el abandono de otras escalas, a riesgo de caer en un determinismo geográfico.

¿Y por qué la Geopolítica crítica es una perspectiva privilegiada para estudiar los conflictos bélicos? Para responder a esta pregunta conviene precisar qué es la guerra. La guerra, al menos en su sentido moderno, es una conducta grupal violenta que se organiza a gran escala, y es, por supuesto, un conflicto en sentido estricto, pero es, sobre todo: 1) un conflicto que se desarrolla mediante el uso de armas y que *sobrepasa un determinado umbral de violencia*, que lo diferencia cuantitativamente de otros tipos de violencia personal; 2) una *violencia de tipo político*, ya que las relaciones de poder y los campos que éstas establecen son un componente fundamental de la acción bélica; además, al menos en su expresión moderna, se ejecuta por parte de los Estados o en referencia a los mismos<sup>5</sup>, y 3) una *conducta territorial*, puesto que no sólo se desarrolla en un conjunto espacial determinado,

5 No es necesario que todas las partes contendientes en una guerra sean Estados, de hecho en la mayoría de las guerras se ven implicadas fuerzas que no son Estados, pero la lucha tiene necesariamente como referencia el Estado y los diferentes aparatos de Estado se ven implicados: «Las guerras surgen, en el mundo moderno, tanto de conflictos entre Estados como de conflictos que implican Estados y otras fuerzas sociales —a menudo agrupamientos nacionales que aspiran al *status* de Estado—, pero también movimientos políticos con base clasista que desafían la forma existente de Estado» (Shaw y Creighton, 1987, p.7).

sino que también está presente en el ánimo de los contendientes el objetivo de controlar la totalidad o una parte del territorio del adversario. Esta definición es aplicable tanto a las pugnas denominadas «civiles», o internas, como a las internacionales o interestatales.

Es el carácter político y territorial de las guerras, o, en otras palabras, el carácter geopolítico de todas las guerras, el que hace que la Geopolítica sea una perspectiva de análisis adecuada. La geopolítica, las estructuras y presupuestos geopolíticos sin los que la guerra no es inteligible, no existen independientemente de que exista una Geopolítica. Y es entonces una Geopolítica como teoría crítica, una Geopolítica crítica en sentido amplio, la que se sitúa en un lugar inmejorable para la observación.

## 2. LAS ESPACIALIDADES DE LA GUERRA: LA «CONSTELACIÓN BELICISTA» MODERNA

Afirmábamos al principio que la guerra no podía entenderse al margen del orden social mundial en el que se desarrolla. Orden social que no es fijo ni inmutable, sino que está en constante transformación; diversos procesos interrelacionados producen y son el producto de «una secuencia de espacialidades en constante evolución» (Soja, 1985, p. 94). En otras palabras, hay una espacialidad de los hechos sociales, porque el espacio es un «producto social» (Lefebvre, 1974), y el espacio a su vez produce los hechos sociales. Vamos a ocuparnos aquí de ese doble movimiento productivo en relación con la guerra, centrándonos fundamentalmente en el período moderno, caracterizado por prácticas materiales espaciales ligadas a la existencia de un mercado único capitalista y de un sistema interestatal, y cuyas representaciones del espacio político girarán en torno al Estado y su soberanía territorial.

Sin embargo es legítimo, evidentemente, que el analista pueda realizar «cortes» para entender mejor los hechos, sin que eso signifique que se le esté otorgando un estatus ontológico diferenciado al mercado, el Estado o la ideología, por poner un ejemplo. En este sentido, y siguiendo, aunque no de forma estricta, las propuestas de análisis de los sistemas y estructuras sociales realizadas por Giddens (1981), y, concretamente de las estructuras del sistema global de Estados (1987, pp. 276 y ss.), distinguiremos los procesos de carácter político, económico, simbólico y legal que intervienen en la guerra.

Los procesos en estas diversas esferas, con ciertas características comunes desde los siglos XV y XVI, interactúan de forma tal que hacen que la guerra sea contemplada como la solución «natural» a las contradicciones y los conflictos. Sin embargo, no siempre están libres de discrepancias entre sí, es decir, no se produce siempre su concatenación, ni, por otro lado, existe preeminencia de uno sobre otro: las prácticas materiales espaciales y las representaciones espaciales no tienen un estatus privilegiado unas sobre otras.

El uso en este trabajo de la noción de «constelación belicista» tiene una intención similar a la que se le da en psicoanálisis a la expresión «constelación»<sup>6</sup>, es decir, *conjuga*

---

6 Por ejemplo, la noción de «constelación maternal» es utilizada por Stern para referirse a la existencia de una organización psíquica temporal que no se deriva de «las construcciones psíquicas ya existentes [aunque está obviamente relacionada], sino que se considera por derecho propio una construcción única e independiente de gran magnitud y completamente normal en la mayoría de las madres» (Stern, 1995 [1997, p. 209]).

*deliberadamente* una serie de factores y explicaciones en un intento doble: *alejarse del fantasma de la causalidad única*, típica de la Geopolítica tradicional (con afirmaciones como que la Guerra del Golfo sólo se puede explicar por el interés occidental en el petróleo kuwaití, por ejemplo) y muchas otras disciplinas, y mostrar que *las guerras son fenómenos únicos pero no singulares*, es decir, las guerras —y las paces— se producen en matrices espacio-temporales dinámicas que las hacen irrepetibles, pero no constituyen hechos singulares, sino que responden a lógicas tanto globales, generales, como locales, particulares. Tal y como plantea O'Loughlin, «la explicación de la complejidad del conflicto no tiene que ser singular, tratando cada caso como el resultado de circunstancias especiales que no se pueden repetir en ningún otro lugar. También debemos rechazar el otro extremo, el de que exista una ley espacial del conflicto en la que podamos encajar cualquier circunstancia» (1988, p. 90).

En definitiva, entendemos que las guerras no se puede comprender sin tener en cuenta la constelación de factores que las hacen posibles, es decir, los procesos y las matrices espacio-temporales en las que estos se generan, que son de naturaleza fundamentalmente dinámica.

#### A) El militarismo del Estado territorial: la alternancia de la guerra y la preparación para la guerra

Antes hemos afirmado que la guerra no es un invento del capitalismo. Por ello creemos que es importante comenzar por aprehender las continuidades existentes en el tiempo en la relación entre las estructuras de poder y la guerra. Pero para comprender mejor las continuidades es conveniente partir de la interpretación de la guerra moderna y analizar las dificultades que nos plantea. Varios autores han señalado la vinculación en su origen del Estado moderno con la guerra; por ejemplo, Holsti afirma explícitamente que «la metamorfosis de los imperios en Estados-nación no pudo hacerse la mayor parte de las veces por medios pacíficos, ya fuera en Europa antes de 1918, como en el Tercer Mundo después de 1945. El estado de guerra desarrolla aquello que ha sido y sigue siendo todavía el fundamento del Estado» (1990, p. 717). Por su parte, Tilly (1975) describe cómo se produjo ese proceso de construcción de los Estados nacionales en Europa Occidental sobre la base de la interacción de la guerra con otras actividades, especialmente la recaudación de impuestos, de tal modo que la guerra y su preparación dieron lugar a las estructuras principales del Estado-nación (Tilly, 1984 [1991, p.97]). Así, las actividades estatales relacionadas con la guerra exterior, cuya preparación se percibía como necesidad perenne, no pueden desvincularse de aquellas otras actividades que se encaminaban al establecimiento y mantenimiento del orden interior.

Sin embargo no cabe pensar en una relación causal directa, en una acción premeditada de aquellos grupos sociales e individuos que eran los actores del proceso:

La interacción de la guerra, los impuestos y la acumulación de capital fueron determinantes en la formación de los Estados. [No obstante] los europeos no llevaron a cabo esas tres importantes actividades con la intención de crear organizaciones políticas centralizadas [...]. Ni tampoco previeron de ordinario que las organizaciones de este tipo fueran a emerger como consecuencia de la guerra, los impuestos y la acumulación de capital. [...]

*Los que controlaban los Estados europeos (y las organizaciones que eventualmente llegaron a ser el núcleo de los Estados) hicieron la guerra para defenderse de, o para vencer a, sus competidores, y así disfrutar de las ventajas del poder dentro de un territorio seguro o incluso en expansión (la cursiva es nuestra) (Tilly, 1984 [1991, p. 170]).*

Por otra parte, esa intención de defensa o captura de un territorio no es original del siglo XVI en Europa Occidental, sino que surgió mucho antes y se ha practicado en muchas áreas del planeta. En este sentido, ha sido Mann (1986; 1988) el que, a nuestro juicio, ha sugerido la explicación más plausible sobre las «tendencias seculares en el militarismo», que define como «una actitud y un conjunto de instituciones que consideran la guerra como una actividad social normal y deseable» (1984, p. 25). Este autor plantea que la aparición sistemática de la guerra estaría unida a varios factores: un aumento de los excedentes extraídos de la Naturaleza, que permitirían a algunos vivir sin trabajar; un incremento de la fijación al territorio de los excedentes, que hacen más difícil la huida en caso de agresión; el desarrollo de la cooperación permanente en el trabajo en un particular grupo social, que favorece también la cooperación en la lucha, y «todas estas tendencias estimulan la aparición de una cooperación social centralizada y organizada que está fijada territorial y socialmente, esto es, el Estado» (Mann, 1984, p. 30). Para ser más precisos, aparece el Estado en cuanto máxima expresión política de una sociedad territorializada y, ligado a él, la guerra organizada. Esta es la clave interpretativa que hay que retener, porque pensar, como por ejemplo Sánchez, que «de una u otra forma, la guerra será el proceso de apropiación de territorio, como causa mediata, para la obtención o movilización de valor, como causa final» (1991, p.153), a nuestro juicio, significa establecer una teleología reduccionista, que impide que se pueda considerar el papel autónomo de las relaciones de poder en la génesis y desarrollo de la violencia. Ello no quiere decir que la proposición de Sánchez sea falsa, sino que es parcial y, tal como está formulada, podría deformar la realidad.

En cualquier caso, el Estado es una institución implicada en la defensa de su territorio en contra de agresores externos y, en ciertas circunstancias, intenta ampliar ese territorio por medios militares o de otro tipo, y esta actividad está entrelazada, como muestra Mann (1987), con prácticas sociales de clase. Durante los primeros tiempos de la economía-mundo capitalista, la práctica de la geopolítica y de la guerra continuaron siendo, como durante el Medioevo, privativas del Príncipe y de la nobleza, que se había ido convirtiendo en servidores civiles y militares del Estado; las masas no estaban implicadas ni en una ni en otra práctica; entonces «la guerra era una parte normal y racional de la estrategia geopolítica del Estado relativamente avanzado: conseguía territorios, mercados y dominio geopolítico, y su coste en recursos sociales era escaso» (Mann, 1987, p. 61).

Después de 1780 y la Revolución industrial<sup>7</sup>, se produjeron cambios profundos en la estructura y, sobre todo, en la organización de clases, que tomó una forma amplia-

---

7 Mann (1987) distingue un tercer período, que tendría su inicio en 1945 y estaría marcado por la lucha entre sistemas económicos y sociales, entre capitalismo y socialismo —o, para algunos, capitalismo de Estado—. Lo descartamos porque no estimamos que se hayan producido cambios fundamentales en el sistema de Estados con la aparición —y desaparición— de un bloque de Estados con la etiqueta de socialistas.

mente nacional, es decir, que se organizó en la práctica dentro de las fronteras estatales, por más que las clases principales *estructuralmente* fuesen transnacionales. Esto significó que la praxis de clase no pudo supervisar la geopolítica, pero la guerra continuó siendo racional, aunque ya no lucrativa, y privativa del Estado, con un factor que aumentaba la probabilidad de que ocurriese: «La forma en que la lucha de clases se resolvió en ciudadanía había hecho del mundo un lugar más peligroso» (Mann, 1987, p. 66), la guerra se había convertido en «guerra popular». Ahora, morir por la patria o prepararse para morir por la patria no sólo se había hecho algo perfectamente «razonable», mediante procesos de orden simbólico que veremos más adelante, sino que se había generalizado a todo el planeta, coincidiendo con la extensión de la soberanía territorial estatal hasta el último rincón de la Tierra que se producirá a lo largo del siglo XIX.

Hasta aquí hemos tratado de mostrar cómo la forma de la organización de la comunidad política que se impuso, primero en Europa Occidental y después en el resto del planeta lleva implícito el militarismo, es decir, la creencia en que la guerra y la preparación para la guerra son actividades necesarias para la supervivencia del Estado-nación y para sus relaciones con los otros. Ni la violencia política es resultado de estructuras económicas ni la aparición de los modernos Estados-nación es un simple ajuste a un nuevo modo de producción<sup>8</sup>. La lógica de la violencia organizada no se puede reducir, ni siquiera en última instancia, a la lógica de la producción. Pero, aunque el estudio de las relaciones de poder —y, en especial, de las relaciones de fuerza militar— se pueda, y en ocasiones se deba, de separar analíticamente, no olvidemos que esas relaciones están sumamente entrelazadas con las relaciones económicas, especialmente en el capitalismo, como intentaremos mostrar a continuación.

## **B) El espacio planetario de la economía-mundo capitalista, la génesis de las guerras globales y la «funcionalidad» de la destrucción de bienes asociada a la guerra**

Las prácticas materiales de índole económica son fundamentales en cualquier formación social e inevitablemente tienen algún tipo de relación con la guerra. Es necesario entonces desvelar la incidencia que tiene sobre las causas, características y consecuencias de la violencia una forma particular de producción y distribución de bienes: el capitalismo. En otras palabras, intentaremos ahora establecer las correspondencias entre los «modos de producción» y los «modos de guerra» (Kaldor, 1982).

Kaldor (1982) entiende que existe una relación contradictoria entre guerra y capitalismo: sí, por un lado, tienen un carácter antitético, en la medida que los conflictos béli-

---

8 «Cuando el capitalismo se hizo dominante adoptó la forma de un conjunto de segmentos territoriales [...] El sistema del Estado-nación de nuestra era no fue un producto del capitalismo (o, en realidad, del feudalismo) considerados como modos de producción puros. En este sentido, es autónomo. Fue el resultado de la manera en que los Estados preexistentes dieron fronteras normativas a las expansivas, emergentes, relaciones capitalistas» (Mann, 1986 [1991, p. 45]).

cos interrumpen el proceso de producción de mercancías, base del capitalismo, por otro parte, son una consecuencia inevitable de la lógica del sistema. El capitalismo necesitaría para su funcionamiento de la existencia de Estados cuyo carácter militarista es intrínseco, y, entonces, conduciría de tanto en tanto a la explosión de guerras destructivas. Esta caracterización del problema es cierta sólo parcialmente, porque parte de la base de que el arsenal de guerra y su producción son elementos parasitarios en el capitalismo, lo cual supone ignorar la existencia de crisis de sobreproducción y la necesidad consiguiente de buscar soluciones a las mismas.

En términos generales, la cuestión, tal y como la plantea Harvey (1985) a partir de las características centrales del proceso de circulación del capital, es que existe una contradicción central entre dos aspectos necesarios del mismo: el crecimiento y el progreso tecnológico. Esta contradicción conduce a crisis periódicas, en las que «los excedentes tanto de capital como de trabajo que el capitalismo necesita para su supervivencia no pueden ser absorbidos por más tiempo [...] Los excedentes que no pueden ser absorbidos son devaluados, algunas veces incluso físicamente destruidos» (Harvey, 1985, p. 132).

En nuestra opinión, a la hora de analizar esta relación entre guerra y capitalismo, y para entenderla, hay que tener en cuenta dos procesos, que en la realidad se desarrollan de forma inseparable, pero que es conveniente distinguir porque responden a diferentes objetivos dentro del sistema mundial. Se trata, por un lado, de la necesidad de un sistema de Estados en permanente competición para favorecer la acumulación de capital a escala mundial, y, por otro, la utilidad de la guerra, en tanto que destrucción violenta de capital, para resolver las crisis de sobreproducción en el capitalismo.

En el capitalismo existe una tendencia hacia la formación de «alianzas de clase regionales», ordinariamente en la forma de Estados, para defender valores incorporados en la estructura espacial regional, la coherencia de esa estructura regional o incluso promover condiciones que favorezcan la acumulación de capital en esa región (Harvey, 1985). Es decir, se intenta fijar una estructura espacial que permita la continuación del proceso de circulación del capital y trabajo. En el centro del sistema mundial, los Estados luchan por conseguir la hegemonía, lo que favorecería esa acumulación; mientras que, en la periferia, las clases dominantes que controlan el Estado colaboran, mediante la represión interna, con los Estados centrales en el mantenimiento de las relaciones de explotación que se producen en el marco de la división internacional del trabajo, y, a fin de mantener o perfeccionar esta relación, pueden llegar a entrar en conflicto con otros Estados de rango similar. En las áreas semiperiféricas, las probabilidades de conflicto derivan de que, al ser realidades sumamente dinámicas cuyo destino implica el movimiento hacia el «centro» o la «periferia», las «alianzas regionales de clase» procurarán expandir o detener la disminución, según sea el caso, de las bases de acumulación, incluido el dominio, formal o no, del territorio.

Cuando un Estado establece su hegemonía en el sistema mundial, lo que implica una concentración de poder económico y político en un Estado así como su aceptación por los otros, nos encontramos usualmente con un período de «orden» en el sistema mundial. Son las llamadas «pases largas» (Gaddis, 1987), en las que los Estados hegemónicos son capaces de organizar las estructuras económicas y políticas globales según sus intereses, asegurando así su éxito continuado (O'Loughlin y Van der Wusten, 1993). Pero estos períodos tras las guerras globales mantienen la paz sólo en las áreas centrales del sistema

mundial; mientras tanto las guerras locales continúan en la periferia y la semiperiferia. El carácter cíclico del sistema mundial ha sido analizado de diferentes maneras por Modelski (1987) y Wallerstein (1984) y otros autores, pero no nos vamos a ocupar específicamente del mismo aquí.

Para nuestro argumento es más relevante entender que las «alianzas de clase regionales» no son realidades permanentes, pues hay tres factores, engendrados por la propia dinámica del sistema, que desestabilizan las estructuras espaciales regionales: la acumulación y sobreacumulación, el cambio tecnológico y la lucha de clases. Así pues, las amenazas de devaluación que anuncia la crisis hacen que las «alianzas» busquen la mejor situación posible para afrontarla e intenten lanzar al exterior esas tendencias destructivas de muy diversas maneras:

Guerras comerciales, *dumping*, tarifas y cuotas, restricciones en el flujo de capitales y cambio extranjero, guerras sobre las tasas de interés, políticas de inmigración, conquista colonial, el subyugamiento y dominación de economías tributarias, la reorganización forzada de la división territorial del trabajo dentro de imperios económicos y, finalmente, *la destrucción física y la devaluación forzada conseguida mediante la confrontación militar y la guerra, a todo puede llegarse como parte esencial de los procesos de formación y resolución de crisis* (la cursiva es nuestra) (Harvey, 1985, p. 157).

Paz y guerra, en cuanto que momentos en los que predominan respectivamente los procesos de producción y destrucción en la economía-mundo capitalista, están entonces dialécticamente interrelacionadas: son el resultado de procesos contradictorios.

Por último es necesario tener claro algo respecto a nuestro argumento: hemos perfilado aquí la guerra como un mecanismo «creativo» dentro del capitalismo, y podríamos sacar la conclusión de que la guerra, sobre todo la guerra interimperialista, es una consecuencia necesaria —que se puede aplazar más o menos, pero es necesaria— del modo de producción capitalista. Pero esa sería una conclusión errónea, de hecho, como precisa Taylor (1987), los procesos de rivalidad que conducen a la guerra habrían hecho estallar una entre los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña, tras la Segunda Guerra Mundial; pero esto no ocurrió (Taylor, 1990), porque, en esencia, no son las estructuras las que hacen la historia, sino los seres humanos reales.

En definitiva, si antes mostrábamos la tendencia a la continuidad del hecho bélico desde el mismo momento en que surgen los Estados, ahora nos hemos centrado en las discontinuidades de las formas actuales de violencia organizada con respecto a las anteriores. Si antes del surgimiento del capitalismo la violencia empleada por la autoridad política para resolver conflictos externos al grupo social no estaba vinculada necesariamente a la instancia económica, esta situación cambia posteriormente, tal y como señala Lefebvre:

Con el capitalismo y el mercado mundial, la violencia adquiere un *rol* económico en la acumulación. Y de esta forma lo económico se transforma en dominante. No es que las relaciones económicas coincidan con las relaciones de fuerza, pero no se separan. Y nos encontramos ante esta paradoja: el espacio de las guerras, durante siglos, en lugar de hundirse en la nada social, se convierte en el espacio rico y poblado, en la cuna del capitalismo (1974, p. 318).

### C) La legitimidad jurídica

El intento de construir un Estado-nación ha estado en el origen de numerosos conflictos bélicos, que han implicado la aparición o rectificación de numerosas fronteras territoriales, sobre todo en los últimos doscientos años. Se ha formulado jurídicamente la legitimidad de la guerra para alcanzar determinados fines, por ejemplo, el derecho a la integridad territorial o a la autodeterminación, y encuentra significación en determinados ordenes simbólicos. Siempre se puede argumentar que, tras la lucha por un territorio, estaban intereses de clase, la presencia de recursos naturales importantes o una posición estratégica clave, y que los discursos políticos que conducen a la guerra o las fórmulas jurídicas que la permiten y encauzan son cuestiones secundarias, que pertenecen a ámbitos dependientes de los intereses reales que no pueden ser otros que los antes mencionados. Quien así proceda no sólo ignorará un fecundo campo de investigación, sino que, lo que es mucho más importante, correrá el riesgo de no entender o interpretar mal un buen número de guerras.

En primer lugar, analizaremos los elementos institucionales que proporcionan legitimidad a la guerra en el sistema mundial moderno. Pero no podemos entenderlos si no tenemos antes clara la centralidad de la «soberanía territorial» para el Estado moderno. Este concepto, el de soberanía territorial, no se puede rastrear más atrás del siglo XVI y alcanza una posición de primacía en el derecho internacional tras la Paz de Westfalia de 1648 (Gottmann, 1973; Murphy, 1990). La ratificación de estos tratados supuso el fin de una estructura política jerarquizada que culminaba en el Emperador estrechamente ligado al Papa, y la aparición de una multiplicidad de soberanías territoriales. Por esta vía, el territorio dio cuerpo físico y legal al Estado; en el espacio sometido a soberanía «se constituye [...] este “ser” ficticio y real, abstracto-concreto, el Estado» (Lefebvre, 1974, p. 318). Por esa razón el territorio se convirtió en el requisito necesario para su existencia, y, por lo tanto, en el bien más preciado que hay que obtener o defender; y ello legitimaba al Estado a usar la fuerza, a hacer la guerra.

Pero la guerra en el siglo XVII, a la luz del moderno derecho internacional, ya no se consideraba siempre como legítima. Murphy (1990) expone la evolución de la doctrina internacionalista sobre la guerra desde el punto de vista de un geógrafo político que se centra en el territorio, pero que coincide, en los aspectos no especializados, con la argumentación de carácter general que hace Bobbio (1979) sobre la evolución de la relación entre derecho y guerra; para este último, hay cuatro modos de considerar esta relación: guerra-antítesis, guerra-medio, guerra-objeto y guerra-fuente. Ateniéndonos a las concepciones dominantes desde el siglo XVII, nos encontramos, en primer lugar, con las doctrinas iusnaturalistas de la guerra como medio de realizar el derecho:<sup>9</sup> son las teorías de la «guerra justa», el *bellum justum* de Grocio, que entendían sustancialmente que eran legítimos tres tipos de guerra (la defensiva, la de reparación de un agravio y la punitiva). Murphy (1990) señala cómo esta concepción establece una analogía entre los derechos del individuo a la propiedad privada y los del Estado a la soberanía territorial, conside-

9 «Cuando la pretensión que un grupo hace valer frente a otro es justa, legítima, la guerra llevada a cabo para hacerla valer se convierte en un medio para realizar el derecho» (Bobbio, 1979 [1992, p. 97]).

rando ambos derechos como fundamentales; y del mismo modo que los Gobiernos han de velar por la seguridad de la propiedad privada, los Estados procurarán sancionar el derecho agraviado a la soberanía territorial y castigar al culpable.

Esta concepción entraría en crisis a principios del siglo XIX, y, de forma dominante, la guerra habría de convertirse en objeto del derecho —el tercer modo de relación entre la guerra y el derecho que señala Bobbio (1979)—, de la mano del positivismo jurídico, pasando a ser «considerada como un acto del Estado y, como tal, no tenía que ser justificada en términos de normas internacionales» (Murphy, 1990, p. 535).<sup>10</sup> La soberanía nacional no conocía límites, y cualquier norma que pretendiera restringirla suponía una infracción de la misma. De este modo, cualquier geoestrategia expansiva resultaba legítima.

Los horrores y la devastación de la Primera Guerra Mundial condujeron a un rechazo de las teorías positivistas del derecho, y durante el breve periodo de entreguerras la guerra fue concebida como antítesis del derecho, hasta el punto de que se formuló legalmente su prohibición. Así, en el artículo 10 del Pacto de la Liga de las Naciones se establecía la obligación de «respetar y preservar contra agresiones externas la integridad territorial y la independencia política de todos los miembros de la Liga». No obstante, como desde el Congreso de Viena de 1815 dominaba la noción de que el propietario histórico de un territorio tenía derecho a ese territorio a perpetuidad, un buen número de Estados (por ejemplo, Alemania y la Unión Soviética a finales de los años 30) justificaron las agresiones territoriales como procedimientos para restablecer la integridad territorial.

De nuevo, otra guerra mundial, la Segunda, vino a provocar un cambio en las concepciones dominantes, consolidando una figura de la relación entre guerra y derecho, la «guerra-fuente», que, en alguna medida, haría reaparecer una versión de la guerra justa. La guerra-fuente, según Bobbio, es «la guerra considerada como expediente no ya para mantener vivo un derecho establecido y consolidado, sino para dar vida a un derecho nuevo, no como intérprete de un derecho pasado sino como creadora de un derecho futuro» (1979 [1992, p. 104]); aunque, de hecho, se apele a un «derecho superior al derecho vigente» como es el derecho de autodeterminación de los pueblos; tal es el caso de las guerras de liberación nacional, que son fuente de nuevas estructuras territoriales legitimadas por el derecho de autodeterminación. Decíamos también que reaparece una versión de la guerra justa, y es así porque, si bien la Carta fundacional de las Naciones Unidas prohibía las guerras de agresión<sup>11</sup>, como señala Murphy (1990) se establece también

---

10 Esta concepción deviene del rechazo por el jurista de las teorías de la guerra justa como «derecho que debe ser», es decir, situado en un plano moral: «Ahora bien, observando el derecho que es, o sea observando el comportamiento constante de los Estados al declarar y llevar a cabo unos contra otros las guerras, el jurista positivo, no el moralista, o sea aquel que se atenía escrupulosamente a los cánones del positivismo, no podía más que reconocer que, al hacer la guerra, los Estados se comportan generalmente como si no existiera en el derecho internacional ninguna regla que distinga guerras justas de guerras injustas; en otras palabras, que autorice ciertas guerras y prohíba otras» (Bobbio, 1979 [1992, p. 103]).

11 En su artículo 2 (4), la Carta dice: «Los miembros de la Organización, en sus relaciones internacionales, se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado, o cualquier otra forma incompatible con los Propósitos de las Naciones Unidas.»

la legitimidad de las guerras de defensa<sup>12</sup>. Teniendo en cuenta que, por agresión, las Naciones Unidas entienden «el uso de la fuerza armada por un Estado sobre la soberanía, la integridad territorial o la independencia política de otro Estado» (art. 1, Res. 3314 [XXIX]), y que «ninguna agresión territorial o ventaja especial resultante de una agresión es lícita ni será reconocida como tal» (art. 5.3, Res. 3314 [XXIX]) y que «nada de lo establecido en esta Definición [...] podrá perjudicar en forma alguna el derecho a la libre determinación, la libertad y la independencia, tal como surge de la Carta, de pueblos privados por la fuerza de ese derecho [...]; ni el derecho de esos pueblos a luchar con tal fin y pedir y recibir apoyo» (art. 7, Res. 3314 [XXIX]); se puede comprobar cómo la soberanía territorial es un valor central en el derecho internacional durante el orden geopolítico de la Guerra Fría, que legitima el recurso a la guerra de los Estados para defenderlo o el de los «pueblos» que quieren convertirse en tales, para alcanzarlo.

Tras el fin de la Guerra Fría por un lado se han producido nuevos cambios, que están desarrollándose en la actualidad: por un lado, se introducen prácticas que «desconocen» la soberanía territorial, como la «intervención humanitaria», en nombre de un derecho superior, y, por otro, se produce lo que podríamos denominar un desplazamiento contextual de la soberanía territorial, de lo jurídico-legal a lo biopolítico, de consecuencias imprevisibles. Más adelante nos ocuparemos de la cuestión con más detenimiento.

#### D) Los discursos simbólicos de justificación de las reclamaciones territoriales

Hasta ahora nos hemos referido a instituciones legales que establecen «modos de sanción» y confieren legitimidad a la guerra. Pero la guerra adquiere significación en determinados ordenes simbólicos; ciertos discursos políticos la hacen «inteligible», dotan de «razón» a la reclamación de un territorio (Giddens, 1987). Estos ordenes simbólicos comprenden ideologías y estrategias sobre el territorio —dos puntos de vista respecto a la misma realidad (Korinman y Ronai, 1978)— que se expresan y son configuradas por modos discursivos particulares.

Las doctrinas territoriales ligadas al surgimiento y desarrollo del Estado-nación se encuentran, actualmente, entre los instrumentos más poderosos de «racionalización» de la guerra. No es este el lugar para profundizar en el nacionalismo desde una perspectiva geográfico-política; valga tener presente que el nacionalismo pretende proporcionar una identidad grupal, además de borrar otras, a las gentes que habitan un espacio perfectamente delimitado (el territorio), mediante la propuesta de un pasado común y de un destino también común para el futuro. El grupo que pretende aglutinar se denomina nación, que según la definición que propone Anderson (1991, p. 6) es «una comunidad política imaginada», un ente abstracto que se ha de concretar en un territorio, al cual vincula su pasado y su futuro, y que, por lo tanto, está en el centro de la identidad nacional. Por eso, «para aquellos que gobiernan el Estado o aspiran a dirigirlo, las reivindicaciones territo-

---

12 El artículo 51 de la Carta señala que: «Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un miembro de las Naciones Unidas.»

riales traducen en el fondo su voluntad (voluntad de poder) de restituir a la nación su territorio "histórico", aquél que es el fundamento de la representación simbólica que ella se da de sí misma» (Korinman, 1990, p. v).

De este modo, la identidad nacional, el «nosotros», que proporciona seguridad, frente al «ellos», que es fuente de amenaza, carga, para esa comunidad, de significación la guerra para preservar «su» territorio o para conquistar un «espacio vital». El proceso inverso también se da. Nos explicamos: la guerra, que interrumpe bruscamente los flujos ordinarios en las estructuras espaciales, interviene decisivamente en la formación de la identidad del grupo, en este caso de la identidad nacional. ¿Cómo? Maximizando las similitudes internas del grupo y exacerbando el sentimiento de inseguridad, como colectivo, frente al exterior. Son, en definitiva, dos caras de la misma moneda.

Pero uno de los aspectos más interesantes del nacionalismo, en relación con la guerra, es que conduce a las gentes a morir o matar en nombre de las naciones por la defensa o la conquista de unos territorios. Una línea de razonamiento potencialmente muy fructífera para entender las razones de la efectividad de los órdenes simbólicos que hacen que los «pueblos» encuadrados por los Estados-nación se vinculen al territorio «nacional» es la de tratar de establecer las remanencias y reconstrucciones de lo sagrado en y por el Estado. Esto lo plantea Raffestin en los términos siguientes: «Las relaciones de poder [...] son encuadradas por códigos en los que no sólo circula una información de naturaleza jurídica, sino también una metainformación de tipo sagrado» (1985, p. 106).

Tuan (1978) ya se ocupó de los lugares sagrados, apuntando que el Estado-nación moderno cumple con las características de los mismos: está claramente delimitado y separado, se entrega la vida por su defensa y se constituye como espacio de poder. Pero es Raffestin quien, partiendo de las reflexiones de Eliade sobre «lo sagrado y lo profano», señala cómo el territorio político de los Estados contemporáneos es un «espacio consagrado», el único real para el hombre de Estado:

El Estado moderno ha «sacralizado» el territorio y el mecanismo de sacralización (en otros tiempos, la consagración del rey era su expresión metonímica) se ha mantenido por el recurso a «cosmologías ideológicas» que funcionan como una «hierofanía (que) revela un punto fijo absoluto, un Centro». En tanto que el hombre religioso, en otro momento, se orientaba en relación a este «Centro del Mundo», el hombre político se orienta, hoy en día, en relación a «su centro del mundo», su territorio, de alguna manera su santuario. Aun cuando el hombre de Estado no recurre explícitamente a la referencia de lo sagrado, no actúa por ello menos como si el territorio estuviera definido por referencia a lo sagrado (1985, p. 104).

El análisis del territorio delimitado por la frontera puede llevarse a cabo mediante la oposición interioridad-exterioridad y la interioridad es diferente cualitativamente de la exterioridad: mientras que «de dentro hacia fuera», hasta la frontera, las relaciones de poder pretenden ser instrumentos de pacificación y organización, del «exterior hacia el interior son de desorganización y de transgresión, de puesta en cuestión y de destrucción del territorio sagrado» (Raffestin, 1985, p. 105). El territorio se convierte, así, en la figura central de las conductas de poder, originando ideologías —si se prefiere utilizar este término— que tienen como referencia su dominación, tanto hacia dentro como hacia afuera. Aunque no nos ocuparemos aquí de la construcción interior de la administración

del Estado moderno, sí es importante tener en cuenta que ésta no puede separarse del dominio exterior, de la proyección de poder más allá de las fronteras; se puede decir que son dos momentos de un solo movimiento.

Pero las diferencias entre interioridad y exterioridad no pueden entenderse solamente como acabamos de señalar; para nuestros fines, es más importante entender que, por un lado, puede pretenderse realizar la «pacificación y organización» del territorio más allá de sus fronteras; es decir, que se puede intentar realizar una expansión territorial justificada sobre la base de discursos ideológicos como el del «espacio vital», enunciado por la *Geopolitik* alemana<sup>13</sup>, o también desarrollar estrategias globales de dominación amparadas en concepciones de la misma índole, como la del «destino manifiesto» (*manifest destiny*) norteamericano. Pero, además, una fuente de primer orden de legitimación de las acciones del Estado es la defensa contra la «destrucción del territorio sagrado» desde el exterior. Uno y otro tipo de relaciones de poder no están desconectados, sino que, más bien, son dos ejes complementarios en el análisis, ya que el territorio sagrado hace que toda guerra sea «santa» y moviliza ciertas energías de la opinión pública.

Para terminar, conviene recordar, acabando de dar la vuelta al argumento, que el Estado-nación y el nacionalismo no son sólo fenómenos ideológicos o legales, y que, por tanto, la guerra no es, *exclusivamente*, producto de estas estructuras institucionales. El Estado-nación comprende, al decir de Lefebvre, dos momentos o condiciones en relación al espacio: un mercado lentamente construido y la violencia de un Estado militar, y «los dos “momentos” han conjugado sus efectos respectivos para *producir un espacio*: el de un Estado-nación. Este no se puede definir ni por una substancialidad personalista, ni por una pura ficción ideológica. Hay otro modo de existencia definido por su relación con un espacio” (1974, p. 133). Y, por lo tanto, no es redundante repetir que las guerras modernas son también producto de estos momentos. De este modo su fin ha de estar también relacionado con la superación de los mismos.

### 3. ÓRDENES Y ERAS GEOPOLÍTICOS

Aunque hemos afirmado y procurado mostrar la naturaleza fundamentalmente dinámica de la «constelación belicista», hemos estado discutiendo fundamentalmente las continuidades de las estructuras y discursos geopolíticos, y ahora es conveniente incidir específicamente sobre las discontinuidades. A la hora de analizarlas la literatura geopolítica más reciente nos ofrece dos alternativas: los «órdenes geopolíticos mundiales», de Taylor y Flint (2000 [2002, pp. 68-99]) y los «órdenes geopolíticos», de Agnew y Corbridge (1995, pp. 13-45), conectados con específicas «eras geopolíticas» (Agnew, 1998).

En la elaboración del concepto de orden geopolítico mundial Taylor y Flint parten de lo que Gaddis (1982) llama códigos geopolíticos, que consisten en una serie de supues-

---

13 Es importante comprender la centralidad del «espacio vital» para los que formulan tales teorías, Raffestin lo señala: «El territorio vital ha desempeñado, para los Estado totalitarios en la época del fascismo y del nacionalsocialismo, un papel sagrado: es incluso el espacio sagrado por excelencia, en tanto que hogar del pueblo elegido» (1985, p. 105).

tos geográfico-políticos en los que se basa la política exterior de un país. Estos códigos deben definir los intereses del Estado, indicar cuáles son las amenazas externas para esos intereses, planificar una respuesta ante tales amenazas y justificar dicha respuesta. Los códigos geopolíticos son construidos por las burocracias encargadas de la política exterior de los Estados, son parte de la geopolítica práctica a la que nos hemos referido antes. Cada país tiene su propio código, pero no se crean independientemente los unos de los otros, y los de los actores más relevantes son más importantes hasta tal punto que hacen encajar los códigos geopolíticos y conforman una única pauta general: los órdenes geopolíticos mundiales. No es este el lugar para una discusión pormenorizada de la cuestión, pero la interpretación de la relación entre hegemonía y orden geopolítico mundial por parte de estos autores niega la posibilidad de la existencia de orden geopolítico sin la existencia de una potencia dominante.

Agnew y Corbridge (1995) interpretan los órdenes geopolíticos de otra manera, para ellos están constituidos por el conjunto de reglas, instituciones, actividades y estrategias que se convierten en rutinarias en cada período histórico y que tienen características geográficas determinadas. Estos órdenes geopolíticos se mantienen mediante relaciones de poder coercitivas o consensuales, pero no suponen necesariamente la existencia de una potencia dominante, ya que en buena medida las prácticas materiales y representaciones «hegemónicas» son consideradas ya de sentido común. Los órdenes geopolíticos de Agnew y Corbridge tienen una inspiración gramsciana. En ellos se impondría un modo de representación hegemónico, inspirado o no por una potencia hegemónica, pero no necesariamente impuesto por la fuerza. Así, distinguen tres órdenes geopolíticos desde el siglo XIX: el «orden geopolítico británico del Concierto de Europa» (1815-1875), el «orden geopolítico de la rivalidad interimperial» (1875-1945) y el «orden geopolítico de la Guerra Fría» (1945-1990). Actualmente estaríamos entrando en un nuevo orden geopolítico.

En estos órdenes geopolíticos la política mundial ha estado organizada alrededor de las caracterizaciones del espacio definidas por sucesivos discursos geopolíticos o modos de representación del espacio. Son las «eras geopolíticas» (Agnew, 1998). Las eras que distingue Agnew se corresponden *grosso modo* con los períodos de los órdenes geopolíticos y son, por tanto, también tres: la geopolítica civilizacional, la geopolítica naturalística y la geopolítica ideológica. Las fechas de cada período no pretenden ser absolutamente exactas. Existen continuidades, pero en cada período los diferentes «principios» se interrelacionan de diferentes maneras para producir una «combinación» diferente de representaciones y prácticas geopolíticas, y también en este caso las eras geopolíticas están asociadas a los períodos hegemónicos, aunque no coincidan exactamente con ellos:

La imaginación geopolítica dominante que discurría a través de estos períodos tendría viejas raíces en el crecimiento del capitalismo y de la formación de Estados en la Europa de principios de la modernidad y en la expansión europea sobre el resto del mundo. Las hegemonías que caracterizarían las diferentes eras no están libres de contradicciones ni de crítica. De hecho, es partiendo de sus contradicciones internas que las viejas hegemonías son subvertidas y surgen unas nuevas (Agnew, 1998, p. 87).

En cada uno de los períodos enunciados las guerras van a desarrollarse predominantemente en determinados conjuntos espaciales: el período de paz en los países del centro del sistema mundial en el siglo XIX fue acompañado de innumerables guerras coloniales

en la periferia; las guerras interimperialistas de la era de la «geopolítica naturalística», que tuvieron su máxima expresión en las dos guerras mundiales, tuvieron Europa como escenario privilegiado; mientras que la Guerra Fría llevó el conflicto de nuevo a la periferia. Y los discursos que han hecho inteligibles las guerras también han variado de un período a otro.

Para ilustrar mejor la relación entre los órdenes o eras geopolíticas y los conflictos bélicos vamos a detenernos brevemente en las alternativas de la política estadounidense hacia los espacios de su entorno, en particular hacia los países de América Latina, y especialmente en su incidencia en los conflictos. En ellas ha sido determinante el papel cambiante de ese país en el sistema mundial, así como en los códigos geopolíticos desarrollados por su burocracia encargada de los asuntos exteriores, que han ido transformándose según pasaba de ser una potencia de importancia exclusivamente regional a ocupar la posición hegemónica en el sistema mundial. Evidentemente no es un análisis completo de los cambios que se operan en la “constelación belicista” en los sucesivos órdenes geopolíticos

Podríamos distinguir un primer período, que coincide con la era de la «geopolítica civilizacional». El «destino manifiesto» y la «misión de la Providencia» de los Estados Unidos fueron las estrellas que guiaron la ocupación del continente, primero, y de varios archipiélagos del Pacífico, más tarde. La guerra se realizaba por mor de los designios de una civilización superior, pero con un objetivo político preciso, tal y como Clausewitz establecía.

En el segundo período, el del orden geopolítico de la rivalidad interimperial, la política exterior es más propia de una potencia regional en ascenso: la preocupación por el «patio trasero» más cercano es fundamental. En este período se desarrolla una geoestrategia que es conocida como la «diplomacia de la cañoneras», que incluye numerosas intervenciones en el área del Caribe y Centroamérica con ocupación por períodos prolongados de algunos países y la expulsión de una vieja potencia debilitada, España, del área. La guerra era resultado de una lucha por la supervivencia de los Estados: debían adquirir espacio (y posiciones estratégicas contempladas como valiosas) para controlar recursos que alimentaran un “crecimiento saludable”. En este sentido era una actividad inevitable y «natural». La posesión de colonias y el control del comercio gracias a una poderosa armada eran algunas de las claves que estaban detrás de los episodios bélicos.

El tercer período muy caracterizado coincide con el orden geopolítico de la Guerra Fría o la era de la «geopolítica ideológica», en el que se desarrolla una geoestrategia que podríamos denominar «intervencionismo para la contención del comunismo», que incluye acciones de diverso tipo en el campo económico, social y militar, pero todas orientadas a intentar evitar la expansión del comunismo en el continente. La intervención militar en Guatemala en 1954, el bloqueo a Cuba y el apoyo a los anticastristas tras la revolución de 1959, el fomento y apoyo al golpe militar en Chile de 1973 o la implicación en la lucha contra los movimientos guerrilleros izquierdistas en Centroamérica en los años ochenta son muestras claras de esta política.

Actualmente estaríamos en un cuarto período, que se corresponde con el nuevo orden geopolítico posterior a la Guerra Fría. En él, dos han sido los discursos legitimadores de la intervención de los Estados Unidos en América Latina: la «guerra contra las drogas» y la «lucha contra el terrorismo». La amenaza de las drogas ha sido presentada como una

amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos, por lo que se han diseñado políticas de apoyo a varios gobiernos latinoamericanos que conllevaban el desarrollo de acciones militares contra los productores de droga o los grupos que los protegen. Obviamente la cuestión del consumo de drogas se podría entender también como un problema interno relacionado con la falta de oportunidades sociales y económicas de los jóvenes, especialmente de los pertenecientes a minorías étnicas, en la sociedad estadounidense, pero no es ese el caso.

El surgimiento de un nuevo orden geopolítico no significa que necesariamente desaparezcan los «enemigos» propios del anterior, en muchos casos son «reciclados» a las nuevas circunstancias. Por ejemplo, en relación con la amenaza terrorista el Departamento de Estado en su documento *Patterns of Global Terrorism* del año 2000 identifica entre los 29 grupos más importantes, cuyo apoyo material prohíbe y a cuyos miembros impide la entrada en los Estados Unidos, varias organizaciones latinoamericanas (el ELN y las FARC en Colombia, Sendero Luminoso y MRTA en Perú) y un Estado, Cuba, al que acusa de cobijar terroristas estadounidenses fugitivos y alentar el terrorismo de los grupos colombianos. Parecería que éstos son remanentes de la Guerra Fría, sin gran proyección de futuro, pero la acusación combinada de que estos grupos están implicados en el narcotráfico los inscribe también en el discurso de la amenaza exterior directa para los Estados Unidos.

Es especialmente interesante, para entender esa transición entre órdenes geopolíticos, detenernos en la invasión de Panamá en 1989, que ha sido la última intervención militar abierta de los Estados Unidos en América Latina. Por el momento en que se produce no escapa totalmente a la retórica de la Guerra Fría, pero se legitimó fundamentalmente sobre la base de la lucha contra el tráfico de narcóticos. Y, si bien el contexto y la legitimación son evidentemente diferentes, tiene ciertas similitudes dignas de mención con operaciones como la que se desarrolla en la actualidad en Afganistán: Noriega (cual antecedente de Bin Laden) era presentado como un «zar de las drogas» que amenazaba gravemente la seguridad nacional de los Estados Unidos y era reclamado por los tribunales de ese país para ser juzgado, ante la negativa del gobierno panameño (transpóngase por afgano) a entregarlo se aprestó una operación de captura, que, tras castigar con bombardeos aéreos a las fuerzas que sostenían al delincuente (léase hoy talibanes) y causar cientos de muertos inocentes en la barriada de El Chorrillo (ahora Kabul), logró sus objetivos y Noriega fue juzgado y cumple condena de prisión en los Estados Unidos. A pesar de todo ello, el precio del *crack* se ha mantenido relativamente estable y no existe desabastecimiento en las calles de Nueva York o Los Angeles.

#### 4. LOS CONFLICTOS DEL NUEVO ORDEN GEOPOLÍTICO TRAS LA GUERRA FRÍA

Vamos a ocuparnos finalmente de los conflictos que se han venido produciendo tras la Guerra Fría. Han sido diversos y en numerosos lugares. Muchos de ellos eran la prolongación de viejos conflictos (la guerra civil en Sudán, el conflicto judeo-palestino o la contienda civil colombiana, por poner sólo unos ejemplos), mientras que otros han sido radicalmente nuevos (la Guerra del Golfo, las guerras en la antigua Yugoslavia o el con-

flicto en Chechenia, por poner también sólo algunos ejemplos). No se trata aquí tanto de ir analizando uno a uno y pormenorizadamente todos y cada uno de los conflictos bélicos, sino más bien de apuntar los cambios en la «constelación belicista» de los nuevos conflictos. Vamos a ver entonces cómo se ha ido elaborando el nuevo *script* (todavía en fase de borrador quizás) que hace inteligible la guerra, particularmente en lo que atañe a la puesta en pie de un nuevo orden geopolítico, deteniéndonos en el siguiente apartado, también para ilustrar los cambios, en la guerra que se está desarrollando en Afganistán.

La del Golfo fue la primera guerra de impacto mundial —no fue de alcance planetario, ni mucho menos, pero su génesis y desarrollo acaparó la atención de los gobiernos de los Estados, las sociedades civiles y los medios de comunicación de masas— iniciada en la Posguerra Fría. Aunque mostró claramente la debilidad del Estado heredero de la URSS y marcó el final del orden geopolítico bipolar de la Guerra Fría, en lo tocante al discurso geopolítico y a la legitimidad jurídica fue una muestra (espectacular e hipócrita) del orden geopolítico anterior: la soberanía territorial de Kuwait fue el valor a defender. Sin embargo tras el fin de las operaciones bélicas se apuntaron ya elementos que han comenzado a caracterizar algunos de los nuevos conflictos: la creación de las dos zonas de exclusión aérea al norte y sur de Irak, para «proteger» a los kurdos y chiitas, respectivamente, es una clara violación de la soberanía territorial de Irak y una forma de establecer un control formal sobre el territorio de un Estado extranjero.

Las guerras en la antigua Yugoslavia son mucho más decisivas en lo tocante a rescribir el guión de la guerra, especialmente por el desarrollo del concepto de “intervención humanitaria”. En nombre de un derecho pretendidamente superior a la soberanía territorial los Estados Unidos con la estrecha colaboración británica orquestaron una intervención que ha acabado por imponer la administración «internacional», indefinida, de Bosnia y Kosovo.

Al mismo tiempo, una serie de guerras son contempladas como «primitivas», que no merecen el esfuerzo de una «intervención humanitaria», especialmente tras el fiasco estadounidense en Somalia. El estado permanente de guerra y la implosión del Estado en lugares como Sierra Leona o Liberia son ejemplos de tales conflictos. Pero quizás sea la crisis de los Grandes Lagos, que tiene su inicio a partir del conflicto civil genocida que estalló en Ruanda, el epítome de las guerras periféricas que no son objeto de intervención. Y se deja de intervenir no porque se respete la soberanía territorial de los Estados sino por una nueva concepción «biopolítica» de esa soberanía (Shapiro, 2002).

A partir de las ideas de Agamben sobre el trabajo previo de Foucault acerca de los cambios en la legitimación de la guerra, que deja de realizarse para proteger la inviolabilidad del soberano y comienza a hacerse para «administrar la vida», Shapiro afirma que la soberanía moderna ha sido modificada por la «politicización de la vida»: las decisiones que toman los gobiernos respecto al uso extra-legal de la fuerza (en violación de la soberanía territorial) tienen su originadas en algún aspecto de la existencia humana. La paradoja de la violación de las soberanías territoriales que tiene el efecto de afirmar la soberanía tiene su origen en que la soberanía se está situando en la intersección entre dos modelos de poder, uno jurídico-legal y otro biopolítico:

La soberanía se sitúa, por lo tanto, en una compleja topología de vidas, tanto en el interior como en el exterior de su jurisdicción. Debido al hecho de que los imperativos biopolíticos, que se perciben claramente al hacer excepciones (por ejemplo, los ataques de mi-

siles a Sudán, la decisión de realizar una «intervención humanitaria» en Kosovo y ahora el ataque «aliado» sobre Afganistán), se derivan del poder para administrar vidas, el poder soberano se puede desplegar para distinguir la «vida insustancial» (aquella parte de la humanidad que queda excluida de la protección política) de la vida políticamente cualificada, de modo que se puede matar sin cometer homicidio (Shapiro, 2002, par. 11).

Cambios en la forma de legitimar la guerra y de hacerla inteligible. Pero cambios también en la forma de realizarla (una guerra «posindustrial» con pequeños grupos de especialistas en vez de masas de soldados) y en las tecnologías utilizadas (vigilancia electrónica para percibir los peligros y armas «inteligentes» para golpear con mayor efectividad) de los que no nos ocuparemos aquí.

## 5. UNA INTERPRETACIÓN GEOPOLÍTICA DE LA GUERRA DE AFGANISTÁN

Tras los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos y su atribución a la organización de Osama Bin Laden, huésped de las autoridades talibanes de Afganistán, el gobierno de los Estados Unidos decidió realizar una intervención militar en ese país ante la negativa de sus autoridades a entregar al acusado. La fase más intensa de las operaciones bélicas terminó, pero la presencia de las fuerzas estadounidenses (y de otros países aliados, especialmente el Reino Unido) continuará indefinidamente so pretexto de que continúa existiendo un peligro terrorista.

Según cualquier atlas al uso, Afganistán es un país montañoso y semidesértico, situado al sur del Asia Central, cuya mayor producto de exportación en la actualidad es una droga ilegal: la heroína. Las comunicaciones terrestres entre el Asia Central y Meridional a través de su territorio son relativamente más fáciles que en otros países vecinos, y esta función de tránsito ha marcado históricamente su importancia geoestratégica. En la actualidad, tras el colapso de la Unión Soviética y la apertura al mundo del Asia Central, tiene una relevancia renovada, no sólo en lo referente a infraestructuras viarias sino a conductos de diverso tipo. Las nuevas repúblicas ex soviéticas en la zona (Kazajistán, Kirguizistán, Uzbekistán, Turkmenistán y Tayikistán) buscan reducir mediante contactos directos con otros Estados su dependencia de Moscú, que, a su vez, es incapaz financiera y políticamente de mantener el control sobre los accesos a la región. Los países vecinos del sur, en particular Irán y Pakistán, y las potencias occidentales alientan esta búsqueda de una diversidad de vías de comunicación con el exterior, y el territorio de Afganistán desempeña un papel fundamental en esa tarea. Ha sido especialmente Turkmenistán el país que ha estado explorando más activamente la posibilidad de tender una vía férrea y construir un oleoducto atravesando el oeste de Afganistán y Pakistán hasta el mar de Arabia.

Pero el hecho de que Afganistán tenga escarpadas montañas y llanuras semidesérticas, o que su función geoestratégica más importante sea la de tránsito, no ha tenido las mismas implicaciones siempre. La Geopolítica tradicional explica de un modo profundamente determinista la política exterior de los Estados: su posición, sus recursos o incluso su estructura geológica definirían sus relaciones. Pero en realidad los lugares se transforman, no sólo por avances tecnológicos que modifiquen el impacto de la distancia o el

significado de la posición, sino porque las prácticas y los discursos sobre el espacio son producto de relaciones sociales y políticas en continua transformación. Los discursos geopolíticos inscriben significados en los lugares, que no pueden ser interpretados independientemente de esos discursos.

A principios de siglo Afganistán era presentado como una de las piezas clave del sistema global. El geopolítico británico Mackinder (1904) consideraba que formaba parte de un «anillo interior» que rodeaba el «corazón continental», donde se asentaba la potencia terrestre (léase Rusia), y que la potencia naval (léase Inglaterra), en perpetua lucha con la primera, debía impedir que fuera absorbido por aquélla. De ahí la política británica de intervención, que en esa zona de Oriente Medio se había concentrado en impedir el acceso al Índico del Imperio ruso y en evitar la influencia rusa en el subcontinente indio. La pujanza de Alemania en Europa a finales del siglo XIX convenció a rusos y británicos de la necesidad de arreglar sus diferencias por el control de un pasillo que se consideraba estratégico en el Asia Central. Las fronteras fueron delimitadas en 1893 y, dado que las fronteras necesitaban un Estado, se creó Afganistán como un Estado «tapón» entre dos grandes potencias. Es de resaltar que, evidentemente, estas tierras no habían tenido históricamente este carácter fronterizo: conquistadores y comerciantes diversos habían utilizado los pasos afganos para acceder al Asia Central desde la Antigüedad. Pero precisamente para evitar que siguiesen desempeñando ese papel se procuró encerrar a las montañas afganas en sí mismas.

Una vez instalado el poder soviético, y especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, Afganistán se convirtió también en una pieza fundamental de la estrategia de la contención de los Estados Unidos respecto al comunismo. Se trataba de articular una red de alianzas y acuerdos proestadounidenses en torno a la Unión Soviética, que impidiera que los Estados vecinos a la misma cayeran uno tras otro, como fichas de dominó, en sus brazos. Por eso la caída del régimen monárquico en 1973, la instalación de un régimen prosoviético que soliviantó los ánimos de los líderes religiosos islámicos y la posterior invasión de las tropas de la URSS en 1979 para aplacar la revuelta religiosa, fueron hechos que implicaron una respuesta estadounidense inmediata. Aunque bien es cierto que fue indirecta, a través de la financiación y entrenamiento de los resistentes islámicos, los cuales, de acuerdo con la racionalidad de la llamada «Segunda Guerra Fría» que se desarrolló durante la presidencia de Ronald Reagan, eran presentados como «combatientes por la libertad».

El final del orden bipolar supuso una transformación radical de la importancia estratégica de Afganistán. No sólo dejaban de tener sentido como piezas de «contención» frente a un enemigo que se había desvanecido; sino que los mismos grupos y líderes, en ocasiones de corte autoritario y criminal, que se habían apoyado para hacer frente al peligro comunista no encajaban en la nueva geoestrategia.

En la reformulación de la política exterior estadounidense, a la hora de identificar los nuevos peligros, que justificasen el mantenimiento, cuando menos, de un esfuerzo militar que se había convertido en parte consustancial del Estado, se han manejado dos tipos de argumentación: por un lado, la existencia de «civilizaciones» enemigas de la occidental, y, por otro, la creciente capacidad de generar terror de algunos grupos amparados por ciertos Estados. Autores como Huntington (1996) han ofrecido modelos del primer tipo, que casi se han convertido en dogmas de fe: para él, tras el fin de una confrontación glo-

bal basada en las ideologías, habrían resurgido líneas de fractura más profundas y más antiguas, que supuestamente tienen su origen en las civilizaciones. Una de las que entrañaría más peligro para Occidente sería la islámica y, desde luego, Afganistán formaría parte de la misma.

En cuanto al terrorismo, que el Departamento de Estado de los EE UU (*Patterns of Global Terrorism*) define como la «violencia premeditada, motivada políticamente, que se perpetra contra objetivos no combatientes por grupos subnacionales o agentes clandestinos, y que usualmente intenta influir sobre un determinado público», es considerado como un gran peligro para la «comunidad internacional» y para los Estados Unidos en particular. El «terrorismo internacional» sería «el que implica a ciudadanos o territorios de más de un país». Y «el Afganistán controlado por los talibanes es un foco primario de terroristas y un hogar o punto de tránsito para la red de “ex alumnos afganos”, una malla de individuos y grupos con vínculos informales que se entrenaron y lucharon en la guerra de Afganistán». Irán, Irak, Siria, Libia, Sudán, Corea del Norte y Cuba son los otros siete países que Estados Unidos identifica como patrocinadores del terrorismo.

Pero las armas de destrucción masiva iraqués o el terrorismo de fundamentalistas con base en Afganistán son resultado de las actividades estadounidenses durante el anterior orden geopolítico. Baste recordar aquí que las bases que ya bombardeó Estados Unidos en Afganistán en Agosto de 1998, fueron originalmente creadas por la CIA para el entrenamiento de afganos que lucharan contra la invasión soviética. Lo que fue «razonable» en un orden geopolítico determinado, se puede convertir en monstruoso en el otro.

## CONCLUSIONES

La guerra no puede ser entendida sin tener en cuenta un conjunto de factores, que se generan en una matriz espacio-temporal fundamentalmente dinámica. En esta constelación hay que distinguir, conforme a la perspectiva de conocimiento propuesta, elementos de carácter político, económico, simbólico y jurídico-legal. Existen continuidades de esos elementos en el sistema mundial moderno, pero también discontinuidades asociadas a los órdenes geopolíticos que se suceden.

La guerra está relacionada con prácticas materiales espaciales, pero adquiere significación en determinados órdenes simbólicos; ciertos discursos políticos la hacen inteligible, esto es, dotan de razón a la intervención sobre un territorio. El territorio, en tanto que figura central de las conductas de poder, está en el origen de ideologías que tienen como referente su dominación, tanto hacia dentro como hacia afuera. En el Estado-nación moderno, además, se produce una reconstitución de lo sagrado, transfiriéndose este carácter del Monarca al territorio; de este modo se ha hecho inteligible para los ciudadanos la entrega de su vida para defender el «territorio sagrado de la Patria».

También es importante tener en cuenta que las estructuras de legitimación de la guerra contemporánea se han basado en la soberanía territorial, que es un valor central en el Derecho Internacional, que legitima el recurso a la guerra de los Estados para defenderla, o el de los pueblos que quieren convertirse en tales, para alcanzarla. Sin embargo se está produciendo un desplazamiento del concepto de soberanía que está marcando un nuevo orden geopolítico.

Muchos de los hechos geopolíticos contemporáneos están marcados por «efectos boomerang», de forma que lo que se suponía que iba a incrementar la «seguridad global» ha terminado por producir, de hecho, lo opuesto. No hay que dar, entonces, por supuesta la racionalidad de los hechos bélicos.

La inmensa capacidad de los medios de comunicación actuales para articular el mundo y orientar el debate social internacional se ha empleado para crear poderosas imágenes simplificadoras que asegura la subordinación de los individuos y la gobernabilidad de los pueblos. Edward Said explicaba hace poco que los mismos conceptos de «terrorismo» o de «fundamentalismo» habían sido creados en los centros metropolitanos de Occidente, y a ellos se recurre cuando se habla de los pueblos no occidentales y permiten legitimar brutales intervenciones «occidentales». La ironía, decía Said, es que «lamentablemente, a medida que el tiempo perfecciona esos elementos, y gracias a su constante repetición, se obtiene la respuesta prevista de enemigos previamente designados como tales» (1993 [1996, p. 478]).

La Primera Guerra Mundial, de 1914 a 1918, fue bienintencionadamente interpretada como la «guerra para terminar todas las guerras», pero fue sólo el punto de partida para una guerra mucho más cruenta pocos años después. La idea propia de la *realpolitik* de que hay que preparar la guerra si se quiere la paz (*si vis pacem para bellum*) históricamente no ha engendrado más que nuevos conflictos, muchas veces más sangrientos. La paz exige la preparación de la paz, lo que en términos geopolíticos implica transformaciones radicales en el orden mundial: luchar por la eliminación de la brecha entre el Norte y el Sur, respeto al «Otro» y sus peculiaridades, desmilitarización de las ideologías y discursos de los Estados-nación y articulación de la sociedad civil para eliminar la intolerancia de origen étnico, religioso o ideológico.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGNEW, J. (1998): *Geopolitics: Re-visioning World Politics*, Londres, Routledge [trad. al castellano por M. LOIS: *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama Editorial, 2002].
- AGNEW, J., y CORBRIDGE, S. (1995): *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*, Londres, Routledge.
- ANDERSON, B. (1991): *Imagined Communities*, Londres, Verso (ed. rev.) [trad. al castellano por E. L. SUÁREZ: *Comunidades imaginadas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993].
- ARDREY, R. (1966): *The Territorial Imperative*, Nueva York, Atheneum.
- BOBBIO, N. (1979): *Il problema de la guerra e le vie della pace*, Bolonia, Mulino [trad. al castellano por J. BINAGHI: *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Barcelona, Gedisa, 1992].
- CAIRO CAROU, H. (1993): «Elementos para una geopolítica crítica: tradición y cambio en una disciplina maldita», *Ería*, 32, pp. 195-213.
- (1994): «Discurso político o método de análisis: algunos problemas de definición de la Geopolítica», *Geosur* (Uruguay), XVI (173-4), pp.3-30.
- (2001): «Territorialidad y fronteras del Estado-nación: Las condiciones de la política en un mundo fragmentado», *Política y Sociedad*, 36, pp. 29-38.
- DALBY, S. (1990a): «American security discourse and geopolitics», *Political Geography Quarterly*, 9 (2), pp. 171-188.

- (1990b): *Creating the Second Cold War: The Discourse of Politics*, Londres, Pinter.
- (1991): «Critical geopolitics: discourse, difference and dissent», *Environment and Planning D: Society and Space*, 9, pp. 261-283.
- DODDS, K. (2000): *Geopolitics in a Changing World*, Harlow, Prentice Hall.
- EAST, W. G., y MOODIE, A. E. (1956): «The World background», en W. G. EAST y A. E. Moodie (eds.): *The Changing World*, Londres, George G. Harrap, pp. 1-36.
- ESKOLA, A. (1987): «Human consciousness and violence», en R. VÄYRYNEN (ed.): *The quest for peace. Transcending collective violence and war among societies, cultures and states*, Londres, Sage/International Social Science Council, pp. 19-31.
- GADDIS, J. L. (1987): *The Long Peace: Inquiries into the History of the Cold War*, Nueva York, Oxford University Press.
- GIDDENS, A. (1981): *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, vol. 1 Power, Property and the State, Londres, Macmillan.
- (1987): «The Nation-State and Violence», volumen II de *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Berkeley, University of California Press.
- GOTTMANN, J. (1973): *The Significance of Territory*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- HARVEY, D. (1985): «The Geopolitics of Capitalism», en D. GREGORY y J. URRY (eds.): *Social Relations and Spatial Structures*, Londres, Macmillan, pp. 128-163.
- HEPPLE, L. W. (1986): «The revival of geopolitics», *Political Geography Quarterly*, 5, pp. 21-36.
- HOLSTI, K. J. (1990): «L'État et l'état de guerre», *Études internationales*, 21 (4), pp. 705-717.
- HUNTINGTON, S. P. (1996): *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York: Simon & Schuster [trad. al castellano por J. P. TOSAUS: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona: Editorial Paidós, 1997].
- KALDOR, M. (1982): «Warfare and capitalism», en E. P. THOMPSON et al.: *Exterminism and Cold War*, Londres, New Left Books/Verso.
- KORINAM, M. (1990): *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, Fayard.
- KORINAM, M., y RONAI, M. (1978): «Les idéologies du territoire», en F. CHATELET y G. MAIRET (eds.): *Histoire des idéologies*, París, Hachette, vol. 3, pp. 229-257.
- LACOSTE, Y. (1976): *La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre*, París, F. Maspero [trad. al castellano por J. JORDÁ: *La geografía: un arma para la guerra*, Barcelona, Anagrama, 1977].
- LEFEBVRE, H. (1974): *La production de l'espace*, París, Anthropos.
- MACKINDER, H. J. (1904): «The geographical pivot of history», *Geographical Journal*, 23, pp. 421-437 [trad. al castellano en A. B. RATTENBACH (comp.): *Antología Geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar, 1975, pp. 65-81].
- MAHAN, A. T. (1890): *The influence of sea power upon history, 1660-1783*, Boston, Little Brown.
- MANN, M. (1984): «Capitalism and militarism», en M. SHAW (ed.): *War, State and Society*, Londres, Macmillan, pp. 25-46.
- (1986): *The sources of social power*. Volumen I: «A history of power from the beginning to AD 1760», Cambridge, Cambridge University Press [trad. al castellano por F. SANTOS FONTENLA: *Las fuentes del poder social*, vol. 1, Madrid, Alianza, 1991].
- (1987): «War and social theory: Into battle with classes, nations and states», en C. CREIGHTON y M. SHAW (eds.): *The Sociology of War and Peace*, Londres, Macmillan, pp. 54-72.
- (1988): *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology*, Londres, Blackwell.
- MEAD, M. (1964): «Warfare is only an invention. Not a biological necessity», en L. BRAMSON y G. W. GOETHALS (eds.): *War: Studies from psychology, sociology, anthropology*, Londres, Basic Books.
- MODELSKI, G. (1987): *Long Cycles in World Politics*, Londres, Macmillan.
- MURPHY, A. B. (1990): «Historical justifications for territorial claims», *Annals of the Association of American Geographers*, 80 (4), pp. 531-548.

- O'LOUGHLIN, J. (1988): «Is there a geography of international conflicts?», *Political Geography Quarterly*, 7 (1), pp. 85-91.
- O'LOUGHLIN, J., y VAN DER WUSTEN, H. (1993): «Political geography of war and peace», en P. J. TAYLOR (ed.): *Political Geography of the Twentieth Century: A Global Analysis*, Londres, Belhaven Press, pp.63-113.
- Ó TUATHAIL, G. (1986): «The language and nature of the New Geopolitics —the case of US-EI Salvador relations», *Political Geography Quarterly*, 5 (1), pp. 73-85.
- (1992): «Putting Mackinder in his place: material transformation and myth», *Political Geography*, 11 (1), pp.100-118.
- (1993): «The effacement of place? US foreign policy and the spatiality of the Gulf crisis», *Antipode*, 25 (1), pp. 4-31.
- (1996): *Critical Geopolitics*, Londres, Routledge.
- Ó TUATHAIL, G., y AGNEW, J. (1992): «Geopolitics and discourse: Practical geopolitical reasoning in American foreign policy», *Political Geography*, 11 (2), pp. 190-204.
- PARKER, G. (1985): *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, Londres, Croom Helm.
- PASTOR, J. (1990): *Guerra, paz y sistema de Estados*, Madrid, Libertarias.
- RAFFESTIN, C. (1980): *Pour une géographie du pouvoir*; París, LITEC.
- (1985): «Religions, relations de pouvoir et géographie politique», *Cahiers de Géographie du Québec*, 29 (76), pp. 101-107.
- RATZEL, F. (1896a): *Das Meer als Quelle der Völkergrössen. Eine politisch-geographische Studie*, Munich/Leipzig, Verlag Oldenbourg.
- (1896b): «Die Gesetze des räumlichen Wachstums der Staaten», *Petermanns Mitteilungen*, 42, pp. 97-107 [trad. al inglés por R. BOLIN: «The laws of the spatial growth of States», en R. E. KASPERSON y J. V. MINGHI (eds.): *The structure of Political Geography*, Chicago, Aldine, 1969, pp. 17-28].
- SHARP, J. (1993): «Publishing American identity: popular geopolitics, myth and The Reader's Digest», *Political Geography*, 12, pp. 491-503.
- SAID, E. W. (1993): *Culture and Imperialism*, Nueva York, Alfred Knopf [trad. al castellano por N. CATELLI: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996].
- SÁNCHEZ, J. E. (1991): *Espacio, economía y sociedad*, Madrid, Siglo Veintiuno.
- SHAW, M., y CREIGHTON, C. (1987): «Introduction», en C. CREIGHTON y M. SHAW (eds.): *The Sociology of War and Peace*, Londres, Macmillan, pp.1-13.
- SHAPIRO, M. (2002): «Wanted, Dead or Alive», *Theory & Event*, 5 (4).
- SMITH, G. E. (1986): «Geopolitics», en R. J. JOHNSTON, D. GREGORY y D. M. SMITH (eds.): *The Dictionary of Human Geography*, 2.ª ed, Oxford, Blackwell, pp. 178-180.
- SOJA, E. (1985): «The spatiality of social life: towards a transformative retheorisation», en D. GREGORY y J. URRY (eds.): *Social Relations and Spatial Structures*, Londres, Macmillan, pp. 207-227.
- STERN, D. N. (1995): *The Motherhood Constellation*, Nueva York, Basic Books [trad. al castellano por M. JAUMÀ CLASSEN: *La constelación maternal*, Barcelona, Paidós, 1997].
- TAYLOR, P. J. (1981): «Political geography and the world-economy», en A. D. BURNETT y P. J. TAYLOR (eds.): *Political Studies from Spatial Perspectives*, Chichester y Nueva York, Wiley, pp. 157-171.
- (1987): «The poverty of international comparisons: Some methodological lessons from world-systems análisis», *Studies in Comparative International Development*, 22 (1), pp. 12-39.
- (1990): *Britain and the Cold War: 1945 as Geopolitical Transition*, Londres, Pinter.
- TAYLOR, P. J., y FLINT, C. (2000): *Political Geography: World-Economy, Nation-State and Locality*, Harlow, Prentice Hall (4.ª ed.) [trad. al castellano por A. DESPUJOL RUIZ-JIMÉNEZ y H. CAIRO

- CAROU: *Geografía política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama Editorial, 2002, 2.ª ed. en castellano].
- TILLY, C. (ed.) (1975): *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press.
- (1984): *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation [trad. al castellano por A. BALBÁS: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial, 1991].
- TUAN, Yi-Fu (1978): «Sacred space: Explorations of an idea», en K. BUTZER (ed.): *Dimensions of Human Geography*, Chicago, University of Chicago, pp. 84-99.
- WALKER, R. B. J. (1993): *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WALLERSTEIN, I. (1984): *The Politics of the World-Economy: The States, the Movements, and the Civilizations*, Cambridge, Cambridge University Press.